



SOBRE CULTURA POLITICA Y DEMOCRACIA  
EN ARGENTINA: TESTIMONIO DE UN  
TODAVIA EXILADO

Héctor Leis

Working Paper #18 - April 1984

Héctor Leis is a graduate student in political science at Notre Dame and the research assistant for the Kellogg Institute. He left his native Argentina in 1977 and got his B.A. in social sciences and M.A. in philosophy at the Catholic University of Rio de Janeiro. He is currently beginning a project on the left, authoritarianism, and democracy in Argentina.



## ABSTRACT

This paper is a reflection about democracy in Argentina during the contemporary transition phase. It analyzes some aspects of the political culture of different political actors in relationship to the principal themes of debate in the country, including terrorism, the Armed Forces, human rights, and the Malvinas-Falklands war. These themes and actors are analyzed from the perspective of a democratic coexistence. The essay combines testimonial examples, value judgments, and broader political reflections. The author concludes that the extant political culture must be transformed through new practices and identities in a pluralistic vein, while remembering the past so as to be able to learn from previous mistakes.

## RESUMEN

El esfuerzo de este trabajo está dirigido a pensar la democracia en Argentina en la actual etapa de transición. El mismo focaliza algunos aspectos de la cultura política de los diversos actores, en relación a varios de los principales temas de debate en el país --tales como el terrorismo, las Fuerzas Armadas, los derechos humanos, la guerra de las Malvinas-Falkland, etc. Dichos temas y actores son analizados desde la perspectiva de una convivencia democrática, dentro de un estilo multi-dimensional que combina el ejemplo testimonial, juicios de valor, y reflexiones políticas generales. La conclusión del autor es que la cultura política existente debe ser transformada a partir de nuevas prácticas e identidades que vengan a insertarse en el presente con un afán pluralista, pero que, a su vez, no olviden el pasado para así aprender de sus errores.



## Sobre cultura política y democracia en Argentina: Testimonio de un todavía exilado

### Nota Introdutoria:

El presente texto fue escrito como parte de una discusión informal con profesores y estudiantes de la Universidad de Notre Dame. Lo de "testimonio" expresa el hecho de que mi intervención en la mesa tuvo ese carácter, dado que hacía poco tiempo que había regresado de una visita de 3 semanas a la Argentina, después de 7 años de ausencia.

Previendo que esta publicación ha de ampliar considerablemente el marco de aquel debate, permítaseme "defenderme" por anticipado del "sentido común" de posibles lectores en mi país. Escribí hace tiempo, cuando los argentinos estaban "embarcados" yendo a las Malvinas-Falkland, que nuestra mejor clave para la comprensión de los hechos en curso pasaba por percibir el drama que vivían quienes se oponían a esa aventura. Y este drama, que compartí con una minoría, era la sensación de que nuestra palabra era inútil para influir minimamente sobre los acontecimientos. En efecto, si el silencio y la palabra parecían tener poca diferencia entre sí, esto era porque el camino que se estaba recorriendo llevaba hacia el totalitarismo. Constatar hoy la importancia dada a la palabra escuchada y emitida por el conjunto y cada uno de los habitantes de nuestro suelo es el mejor signo de que las cosas han cambiado notablemente. Sin embargo, no siempre la palabra comunica de un modo eficiente. Sobretudo cuando ella es pronunciada desde el claroscuro que se sitúa entre su silencio y su repetición. Así, ella parece recibir significados "extraños" al caer fuera de los discursos y lógicas tradicionales. Pronunciar estas "raras" palabras y ser mal interpretado es casi un riesgo inevitable. Esta situación se explica a partir de las características de la conciencia colectiva, que es en gran parte imaginaria --y de esto sabemos bien los argentinos que, como el personaje de un cuento de García Márquez, vivimos sueños que se superponen sucesivamente con la realidad, de tal modo que nunca más volvemos a saber cuáles son unos y cuál es la otra. Esta conciencia colectiva, por ser tan imaginaria, tiene el síndrome de la búsqueda de lo real que le hace desconfiar de las palabras "extrañas": piensa que ellas sí son imaginarias y no reales. Y alejarse de lo real le da miedo y también rabia. El discurso del "loco" es justamente esa inadecuación de la conciencia individual a la conciencia colectiva. Pero si este discurso generalmente es minimizado con el "tratamiento" de su portador, cuando el mismo surge de relaciones humanas en otras dimensiones que las actualmente predominantes y el que habla es además un exilado, este último no sería un "loco"

sino un "descolgado for export" --calificación que ya vi usada en una nota de la revista argentina "El Porteño", de octubre de 1983. Déjenme decir, entonces, que espero que mis palabras no sean mal interpretadas ya que nunca gusté de "colgados" ni de "descolgados" --si me obligan a confesar diría que gusto de los locos.

(Este trabajo fué originalmente escrito en inglés en el último día de febrero de 1984, año de Orwell, y recibió comentarios de los amigos que por aquí andan, por los cuales quedo muy agradecido).

-o-o-o-

Una de las primeras cosas que quise hacer cuando llegué a la Argentina, después de tantos años, fue visitar el Congreso y asistir a una de sus sesiones. Si ustedes consideran que soy nacido en el 43, cerquita de la Capital y que, a pesar de haber estado siempre participando de un modo o otro en la política de mi país, nunca había ido al mismo antes, habrán de coincidir conmigo en lo inusual de mi experiencia aún cuando ella responda a los padrones de mi generación que, en general, del Congreso solo ha conocido las palomas y algunos choques con la policía en la plaza que da a su frente. El día elegido para ir fue uno en que la Cámara de Diputados estaba tratando la reforma al Código de Justicia Militar. La importancia de estas sesiones era inculcable, ya que no solo se trataba uno de los primeros proyectos puestos a consideración por el Ejecutivo al Parlamento, sino que tenía fuerte oposición de la minoría, y además se refería directamente a uno de los puntos más cruciales del debate político: los alcances y el carácter del juzgamiento a los militares del régimen anterior o, si se prefiere, la forma de la nueva legalidad a ser establecida para afirmar la democracia y evitar el golpismo.

Al entrar al edificio del Congreso me esperaba una sorpresa. Lo que yo creía iba a ser una larga espera con un difícil acceso a la barra (debido a las multitudes que suponía estaban esperando la sesión y las medidas de seguridad requeridas para su control), acabó siendo un trámite simplísimo y

rápido frente a un funcionario que solo pidió mi documento de identidad y, sin otras formalidades, lo tiró dentro de un cajón y me entregó un cartoncito ajado como salvoconducto. Yo estaba atónito. Nadie había controlado mi acceso, verificando minimamente mi identidad, ni me había revisado para ver si estaba llevando una bomba o algo parecido. En mi imaginación el Congreso era en ese momento una institución tan importante para el futuro de la democracia que verlo tan desprotegido en una situación como esa, me hizo sentir mal y pensar hasta dónde los argentinos seguíamos insistiendo en vivir en un país inexistente.

De hecho, nadie puso hasta ahora una bomba en el Congreso. Pero tiempo más tarde, de regreso a los Estados Unidos, pude leer en los diarios que no solo las autoridades del mismo no estaban tomando muy en cuenta el cuidado y, por lo tanto, el respeto debido a la institución, sino que tampoco faltaron quienes se encargaron de mostrarlo con la mayor naturalidad. Así fue como dos veces, que yo sepa, el Congreso fue prácticamente invadido por personas armadas sin, obviamente, ninguna necesidad que pudiera justificar tal acción. La primera vez fue uno de los Generales Menendez y sus custodios, y la segunda fue el Sindicalista peronista Iglesias, también con sus custodios, llegando en este caso a interrumpirse la sesión. Pero no creamos que esta falta de respeto --y de educación, agregaría Borges-- para con el Congreso y los Congresales responde únicamente a la dinámica de algunos de los viejos actores políticos que aún resisten retirarse del escenario. En verdad, hasta algunas madres de "Plaza de Mayo", ejemplo heroico de la renovación moral del pueblo argentino durante la distadura, tuvieron también oportunidad de lucirse agrediendo de palabra a varios diputados del partido oficialista porque estos no entendían las cosas de la misma manera que ellas. En otra ocasión, diputados de la mayoría y minoría llegaron a agredirse verbalmente entre ellos, y hasta hubo quién llegó hacer un "corte de manga" a un sector

de los presentes. Viejos y nuevos actores parecían resistirse a respetar la recién llegada Democracia.

Si fuera a interpretar en pocas palabras el por qué de estos hechos diría que la actual entrada en la democracia, representada por el gobierno Alfonsín, está caracterizado y condicionada por la manera en que fué procesada la salida del autoritarismo después de la guerra de las Malvinas-Falkland. Así como no ha ocurrido un repentino desmoronamiento del autoritarismo, tampoco está ocurriendo ahora una súbita emergencia de la democracia.

La quiebra del poder político de los militares después de la guerra fue por causa de algo que ellos percibieron muy claramente, puesto que son preparados precisamente para entender esa única materia: la ola de desobediencia desatada en el país. Recordemos, por ejemplo, a ese soldado que en un homenaje a los "héroes" de las batallas perdidas, en vez de esperar una medalla, trató de cobardes a los militares presentes y, ante la reacción de un oficial que desenfundó su arma, volvió a insistir en su opinión, desafiándolo a que tirara si se atrevía --y no se atrevió. Pero la desaparición del poder político de los militares no supone que hubo también una pérdida del control de su poder militar. Es más, ellos aceptaron "retirarse" para conservar sus cuarteles, tanques, aviones y barcos. Y, por último, que se les fuera el poder político tampoco supone que las oposiciones se fortalecieran y democratizaran en grado inversamente proporcional a aquella pérdida.

La discusión sobre la democracia como valor y como práctica no fue, ni lo es todavía, suficientemente amplia y profunda como correspondería a una mañana de sol después de una noche tan prolongada. En este sentido, yo diría que nuestro debate refleja todavía un poco del miedo vivido durante estos años y, lo que puede ser hasta peor, es en gran parte ignorante de los avances cualitativos de la idea democrática en el mundo --después de todo, no solo las computadoras tienen varias generaciones, y nosotros todavía andamos con



una constitución que tiene más de 130 años.

En suma, las reglas globales del juego político actual son diferentes pero los jugadores y su estilo siguen siendo los mismos, en su gran mayoría. Justamente por eso los argentinos quieren la democracia. Todos sabemos que si bien los jugadores pueden cambiar las reglas, estas acaban cambiando a los jugadores. Claro que esto lleva más tiempo que lo primero, ya que solo se aprende a través de la experiencia. Precisamente, la ventaja comparativa de la democracia sobre cualquier autoritarismo reside en la calidad de sus actores, en el diferente universo experiencial que poseen.

Antes de continuar se hace necesaria otra anécdota. Una noche en Buenos Aires estaba volviendo en omnibus para mi casa cuando de repente la monotonía del viaje se interrumpió por la subida de alguien que pasa directamente al fondo sin pagar. Ahí comienza entonces el reclamo del conductor y las respuestas del otro de que no tenía dinero y que, por lo tanto, viajaría sin pagar. La cosa, en verdad, no tenía por qué pasar a mayores si hubiera habido un poco de buena voluntad por ambas partes; esto es, el pasajero podía haber pedido "por favor" para viajar y el conductor podía haber dicho que si el problema era que no tenía dinero, y no que "no" quería pagar, podía viajar tranquilo. Pero ni una cosa ni la otra. La discusión subió rápidamente de tono e, inclusive, la buena voluntad de un tercero que apareció para pagar el boleto que faltaba se hizo superflua porque pasajero y conductor ya se estaban amenazando mutuamente de palabra. Fue entonces cuando el conductor dijo la primera palabra "mágica": de que iría a parar cuando viera algún "policia" para hacer llevar preso al colado. Mi sorpresa no estaba aún completa, ya que la respuesta fue con otra palabrita "mágica": "vieron --dijo el pasajero, buscando la complicidad del resto--, esta es la "democracia" que tenemos, me quiere mandar en cana."

Y ahí se bajó no sin volver a intercambiar otros epítetos con el conductor. Un interesante dato complementario es que me quedó la sensación de que ambos habían alcanzado sus objetivos; es decir, el conductor logró que el otro se bajara, y el pasajero también aparentemente había logrado lo que quería ya que, al estilo argentino, la discusión había transcurrido con el ómnibus en marcha y el no solo bajó después de mirar por la ventanilla, sino que al hacerlo cruzó la calle y caminó muy resuelto y satisfecho hacía lo que tal vez fuera su destino, ya que ni se paró a esperar otro ómnibus ni siguió caminando en la misma dirección que traía. Si este fuera el caso --tenía que serlo, imaginé--, había sido una discusión de vuelo metafísico, desde que nadie había ganado ni perdido la disputa real que escondía ese ejercicio surrealista de intolerancia y palabritas "mágicas". Esta historia la volveremos a recordar varias veces porque es congruente con mi opinión sobre un país que vive empatando partidas sin dejar ganar a nadie.

En función de instaurar bases sólidas para la democracia en nuestro país, los argentinos enfrentamos básicamente dos problemas: primero, la pobreza de los sectores populares, que han sido seriamente afectados por las políticas económicas de los últimos años, y que no pueden esperar mucho tiempo sin tratar de encontrar urgente solución a su situación; segundo, la cultura política que hemos cultivado durante la mayor parte de este siglo, exceptuando contados períodos. Si el primer problema es grave, el segundo puede ser mortal. En mi opinión, las condiciones políticas son más importantes que las sociales porque si bien, en rigor, ninguna se puede deducir necesariamente de la otra, no hay solución para la cuestión social sin actores políticos que puedan traducirla dentro de un marco de convivencia que permita su superación. Aun cuando se demostrase que el carácter de la explotación social existente implica una dictadura política permanente, yo seguiría creyendo que de lo que se trata es de crear nuevas formas de convivencia para mejor resistir

y luchar contra la opresión.

Los argentinos tenemos una clara percepción de cuáles son nuestros intereses sectoriales, pero lo que no conseguimos encontrar es una manera de alcanzarlos que nos haga razonablemente felices a todos. Todavía vivimos como en un "estado de naturaleza" --tal como Hobbes lo describía-- donde nuestra felicidad es la infelicidad del otro, o donde la forma de ganar es hacer perder más al otro que lo que uno gana. Por eso, para nosotros, la política parece --invirtiendo una famosa expresión-- la continuación de la guerra por otros medios. Para dar solo dos macabros ejemplos, paradigmáticos de un espectro más amplio, recordemos las palabras de uno de los Generales Menéndez, cuando en una declaración al periodismo dijo que en la represión no se había matado a ningún inocente, dejando entender claramente que si alguien estaba muerto (o desaparecido, ya que para él no hay diferencia) eso suponía su culpabilidad --explicitando así la teoría de la "culpabilidad de los cementerios". Recordemos también las palabras del Montonero Firmenich, cuando en otra declaración a un periodista, al ser preguntado por lo que podría ofrecer en una negociación con el sindicalismo peronista, respondió: "no matarlos" --inaugurando la novedosa teoría de la "negociación de los cementerios".

Decía antes que nuestros problemas son básicamente políticos porque nos falta el sentido de Justicia --con mayúscula--, nos falta la sensación de vacío del espacio que ocuparía una tercera parte para regular las discordias entre dos posiciones. Así como no había espacio para un tercero en la discusión del ómnibus, tampoco hay espacio en la cabeza de la gente, en general, para una percepción del bien común, que no es otra cosa que la posibilidad de incluir al resto en la disputa por nuestras desavenencias.

Inclusive el Estado y todas sus instituciones aparecen siempre como estando de un lado o del otro, o en contra o a favor, pero nunca como algo en el "medio". En estos momentos todo el mundo está discutiendo el gobierno

Alfonsín de una manera donde, implícitamente, se lo identifica muchas veces con el Estado. Así como ya tuvimos un Gobierno-Estado-Peronista, también tuvimos un Gobierno-Estado-Militar, y pareciera ahora que tuviéramos un Gobierno-Estado-Radical. Pocos ven --y a mi juicio, este es un mérito enorme de la presente administración-- que hay claros indicios de la intención de construir aquel espacio intermedio de que carecemos. En otras palabras, hay continuidad en relación al último período del régimen anterior --como decíamos antes--, pero también hay discontinuidad en el actual transitar, ya que el mismo se dirige hacia la distinción de un espacio común para ser habitado por todos. Lo que para algunos son elementos para una crítica bien fundada --y que con el corazón a veces comparto-- en contra de la no ruptura violenta del gobierno con las herencias dejadas por el "Proceso" en la sociedad argentina y en los aparatos de estado en general, para mí no son más que aspectos de la única forma viable de reconstruir un espacio de inclusión --y no de exclusión, como estamos acostumbrados.

Volvamos a hacer un poco de historia. No se le oculta a nadie que en el voto popular del 30 de octubre hay muchas claves para entender el rumbo actual de los acontecimientos. Los votos al Partido Radical, que pasó de un histórico 25% para más del doble, y al Partido Peronista, que bajó su caudal tradicional de la "mitad + 1" para un 40%, sugieren importantes cambios de percepción política por parte de los votantes. A riesgo de ser esquemático diría que, tanto por sus programas como por su trayectoria, el Partido Peronista siempre representó mucho más el lado social del problema argentino (redistribución de ingresos, justicia social, etc.), en contraste con el Partido Radical que se preocupó siempre más con el lado político (respeto por la Constitución, democracia partidaria, etc.). Si tomamos en cuenta que, a través de una aritmética simple, puede verificarse que hubo votos peronistas para los radicales, esto sugeriría la prioridad dada al problema político

por parte del pueblo. Obviamente, esto no supone que la gente haya abandonado sus aspiraciones por una transformación social, sino que las está subordinando a un intento de reforma más global: la creación de un espacio de convivencia política.

Hasta aquí la voz (el voto) del pueblo. Pero sigamos haciendo historia para poder escuchar otras voces y ver hasta donde los actores políticos están a la altura de las circunstancias. Sabemos que las Fuerzas Armadas, por ejemplo, tienen una profunda vocación anti-democrática que han demostrado innúmeras veces, y que sus hombres leales a la democracia se cuentan con los dedos. Sabemos también que los partidos políticos han ido en muchas ocasiones a buscar alianzas a las puertas de los cuarteles y, lo que es peor, no siempre ejercieron su poder con la dureza necesaria en defensa de la Constitución cuando lo que estaba en juego era la defensa de sus pequeños intereses partidarios --pensemos en la ausencia de un juicio político al último Yrigoyen y a Isabel Perón cuando se hacían notorios los vaciamientos de la democracia. No desconocemos tampoco que la historia del sindicalismo peronista muestra que sus intereses son corporativos y que aceptan como interlocutores válidos tanto a los gobiernos de facto como a los constitucionalmente elegidos. Sabemos, asimismo, que los sectores conservadores hace mucho que perdieron sus votos y esto lo dice todo. No nos olvidemos tampoco de la Iglesia Católica, que siempre fue más un partido político del establishment que una iglesia y, en consecuencia, también hace rato que tiene muy pocos votos. Por último, sabemos que las izquierdas y derechas se permitieron una experiencia terrorista que no fué un accidente para la vida del país; nos guste o no, buena parte de las generaciones del 60 y 70 encarnaron paradójicamente en el terror el descrédito generalizado por los más esenciales valores de toda interacción política, en nombre de una supuesta transformación profunda del país.

No nos equivoquemos al hacer una evaluación del punto de partida real

que tenemos ahora para construir la democracia. Mi opinión es que los argentinos votaron por la democracia pero sin asumir todavía su responsabilidad por el pasado. Hablemos un poco más del terrorismo para ejemplificar esta hipótesis. No han sido solamente los militares los responsables por el terrorismo. Es cierto que ellos se llevaron la Copa pero, sin olvidarnos de la guerrilla, tenemos también un sector considerable del empresariado que se aprovechó de la confusión reinante para "limpiar" sus fábricas, con un simple llamado al comando de represión de turno, de los activistas obreros. Hasta tenemos, por que no, que hacernos cargo de una insensibilidad generalizada para el dolor de los familiares de desaparecidos que no podían, a veces, siquiera comentar su situación en rueda de amigos o parientes por que eran evitados y rechazados. Las "madres" fueron llamadas de "locas" y eso, aún cuando pueda tener connotaciones de coraje, nunca sugirió comprensión y cariño para su sufrimiento.

Por último hubo la guerra. Una guerra cruel no solo por el costo de vidas humanas sino porque fue apoyada por la enorme mayoría del pueblo y por casi todos los actores políticos, quienes así convalidaron el modus operandi del régimen imperante. La guerra fue la forma imaginaria y perversa que muchos encontraron para ocupar un lugar en un espacio político enmarcado dentro de las reglas de juego de la dictadura y, desde allí, hacer "su" política. Se llegó hasta el ridículo de apoyar la guerra y la dictadura en nombre de la paz y la democracia.

Si se trata de "olvidar" --algo de que los militares son ahora acusados de querer hacer-- son muchos los que deben estar acompañándolos en ese esfuerzo. Si asumimos entonces que éstas son nuestras herencias, creo que deberíamos tomar conciencia definitiva de que la democracia no es algo que obtendremos desde arriba sino que conquistaremos desde abajo, desde los espacios de interacción que vayamos creando reconociendo el pluralismo de nuestras

aspiraciones.

Volvamos a lo concreto. Veamos la política del Gobierno Alfonsín en relación a los militares. Hay quienes dicen que ella es demasiado débil, que se podría ir mucho más lejos dado que este gobierno tiene una fuerte legitimidad de origen que impediría cualquier reacción, y que si esto no se hace ahora después será demasiado tarde. En suma, se debiera golpearlos fuerte si se quiere introducir cambios en las bases de la institución militar. Creo que esto es una verdad a medias. Es cierto que hay margen para introducir importantes reformas políticas dentro de la institución. No es cierto que se pueda golpearlos fuerte para realizarlas, ya que son ellos quienes, en última instancia, deberían reformarse. En la Argentina no hubo militares "buenos" y militares "malos": la corporación es una sola y como tal actuó en todo este último periodo. No es poca coincidencia que quienes demandan más dureza de parte del gobierno no siempre sean los más concientes de esta situación. Hay sí, unos pocos consecuentes que ponen las cosas en sus límites reales. Así las "madres" dicen, por ejemplo, que si hay que cerrar el Colegio Militar, que se cierre, y se comienza de "cero" nuevamente. Mi opinión, colocada en términos abstractos, iría más lejos todavía. De ser posible, yo cerraría también el Colegio Militar pero no lo volvería a abrir nunca más. Pero aquí lo posible no es lo que sería idealmente mejor, sino el consenso existente en el conjunto del pueblo.

Es el consenso lo que hace posible la concreción de una afirmación, porque si nos atenemos a una racionalidad estricta, existen muy buenos argumentos en favor de la disolución de la corporación militar. Esa racionalidad está asociada necesariamente a la perspectiva de un bien común, y creo que desde esta óptica no hay motivos visibles para que la Argentina no resuelva pacíficamente todas las hipótesis bélicas que dan razón de ser

a las instituciones armadas. Las islas Malvinas-Falkland no son ni de los ingleses ni de los argentinos. Si pudiéramos reconocer que las islas no están desiertas y que, por lo tanto, no son un espacio vacío para ser colonizado por el país más cercano, podríamos también reconocer que en ellas habitan los kelpers quienes son, en última instancia, los que poseen el derecho a autogobernarse. Es la historia política la que constituye las naciones y no la geografía. Forma parte de nuestra responsabilidad reclamar por el cese del status colonial de las islas pero, que yo sepa, no hubo ni hay motivo para guerra alguna por cuanto ni los kelpers nos amenazan ni tampoco ellos nos han llamado para ayudarlos en su "guerra" contra los ingleses. Por otro lado, las islas del Beagle pertenecen a los chilenos y desde el Papa hasta casi el último miembro de la comunidad internacional así lo entiende. Una y otra vez aparece aquí nuestra incapacidad para tomar en cuenta y hacer participar a los demás en la discusión de nuestras disputas. Con hacer un "Mar de la Paz" con soberanía compartida alrededor de las islas del Beagle --cosa a la que Chile no tiene condiciones de oponerse-- se acabarían todos nuestros problemas limítrofes, visibles. En tal caso, no hay nada que nos impida firmar tratados de paz con todos los países del mundo; incluir una cláusula en la Constitución que declare nuestra conformidad con la delimitación fronteriza y proclame que no aspiramos a ningún tipo de expansión territorial; apelar a las Naciones Unidas como custodio simbólicos de nuestra soberanía; y, en consecuencia, disolver las Fuerzas Armadas, que habrían quedado superfluas. Es por nuestra concepción de defensa ofensiva que justificamos la existencia de aquellas. Si nuestra política fuera estrictamente defensiva, como corresponde a la idea de *bica común*, no habría inconvenientes para desarrollar estrategias diferentes y, estoy seguro, de mayor eficacia para la protección de nuestros derechos. Sería entonces posible pensar en policías civiles, con participación temporaria de ciudadanos, que



serían verdaderas escuelas de educación cívica. También sería posible pensar en el cuidado de nuestros vacíos geográficos-poblacionales mediante el asentamiento de nuevas comunidades de argentinos y extranjeros de buena voluntad que quieran desenvolver políticas culturales y productivas de democracia integral. No es la superioridad militar sino la superioridad cultural y la felicidad de un pueblo lo que lo hace estar mejor defendido.

Pero, retomando el hilo, en la Argentina todavía no hay consenso para propuestas de esta índole. De hacerse hoy un referéndum, las Fuerzas Armadas seguirían existiendo. Si, entonces, debemos contar con ellas en las presentes circunstancias, creo finalmente que la política militar del gobierno Alfonsín es coherente y apropiada. Lo que el pueblo quiere no es acabar con los militares sino reformarlos, y esta es la cruda verdad de la política actual en relación a ellos.

Pero si bien podemos reformarlos, no hay cómo perdonarlos ni hacer justicia por los crímenes que cometieron. En la Argentina de hoy, como diría otro militar, no hay vencedores ni vencidos (todavía estamos en la historia del ómnibus). No puede haber perdón porque no hay vencedores que puedan perdonar. No puede haber justicia porque todavía no aprendimos a ser suficientemente pluralistas como para reconocer que siempre fuimos vencidos, no porque la culpa la tenía el otro sino nosotros.

En la Argentina de hoy todos pueden y deben ser enérgicos en la demanda de sus justas reivindicaciones, pero si estas demandas no son graduales lo que va a ocurrir es el debilitamiento de la incipiente democracia. Todas las demandas deben ser graduales porque todos los cambios a ser introducidos, tanto en el plano social como político, deben ser graduales. No hay antibióticos que puedan curarnos del mal que nos enferma, solo homeopatía. Debemos promover el cambio a través de pequeños y sucesivos cambios. Si el país no responde a este "tratamiento", no habrá otro.

Si hubiera un Freud para el alma argentina descubriríamos más fácilmente que las grandes soluciones asociadas a las palabras "mágicas" que congestionan nuestra visión política --"nacionalismo", "comunismo", "revolución", "liberalismo", etc., etc. y, ahora, "democracia"-- están encadenadas en una sucesión de significados superpuestos que desprecian por igual el principio de realidad. Es necesario sacar la "democracia" de esta cadena, para darle un valor y una práctica independientes. Con la ayuda de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y con el fortalecimiento de las nuevas formas de interacción humana y de organización política que están surgiendo, esto puede ser posible.

Históricamente, fue en la lucha contra el fascismo en donde se comenzó a pensar en la democracia sin adjetivaciones --esto es, no como democracia liberal, democracia burguesa, democracia proletaria o cualquier otra cosa. Nosotros, que no estuvimos tan lejos, tenemos condiciones inmejorables para intentar sustantivar la democracia. Para ello mucho pueden ayudarnos algunas mudanzas de vestuario. A los colores oscuros que usamos en el pasado para vestir nuestras vidas podemos remplazarlos por colores más vivos, por ejemplo el verde. A propósito de este color, la Argentina me parece ser hoy el país de América Latina con mayor potencialidad para una fuerte expansión del movimiento verde. Analizar esto es materia de otro artículo, pero baste decir que tenemos en la Argentina una nueva generación que no se encuentra cómoda ni en partidos ni en ideologías --en este sentido, la crisis de identidad del peronismo es el fenómeno más interesante, que podría colaborar indirectamente a la expansión verde e, inclusive, a sumar algunos aspectos de sus prácticas a la organización de movimientos de base.

La generación que está despuntando no se conforma con repetir las experiencias del pasado porque comienza a percibir que la mayor autenticidad de una causa reside en su transversalidad -su horizontalidad sin fronteras-

en contraste con la verticalidad. Los movimientos pacifistas, feministas y por los derechos humanos son un buen ejemplo; son causas que no están confinadas a una clase social, a un sistema productivo, a un cierto régimen político, o a un grupo de países: abarcan a la humanidad como un todo. Lo mismo sucede con la propuesta ecológica propiamente dicha. Ella significa una relación humanidad-naturaleza que no tiene ámbito de aplicabilidad localizado, sino que puede recrearse en todos los contextos imaginables. Por otro lado, esta generación también está percibiendo que la mayor fuerza de una causa no reside en sus resultados a largo plazo sino en sus efectos inmediatos, comenzando así a vacunarse contra las apelaciones demagógicas de futuros grandiosos y contra las apelaciones autoritarias de que "los fines justifican los medios".

Para concluir diría que el fenómeno verde no tendría sentido solamente desde la perspectiva de las nuevas generaciones, sino que estaría llamado a tener un importante papel "regeneracional" para las viejas. En efecto, este movimiento englobaría una multiplicidad de experiencias que harían posible la resocialización de aquellos que, viniendo desde las prácticas negativas que han marcado estos años, quieran asumir sus errores y ponerlos al servicio de una educación para el presente, para que nunca más vuelvan a repetirse. La desconfianza hacia aquellos que han errado y quieren cambiar, forma parte de la cultura política de nuestros actores tradicionales. Esto hace que muchas veces no podamos cambiar porque no encontramos los espacios adecuados para asumir los errores. Esto estaría garantizado dentro del movimiento verde, en la medida que el crecimiento y la transformación del individuo es justamente su razón de ser verde.

